

le había confiado lo más difícil de las operaciones militares.

Si bien no podía ponerse en duda la fidelidad y la estimación de este ex-presidente de la República hacia el Emperador, si estaba completamente ofuscado por los celos y por el amor propio, para no desear la vuelta de su rival y evitarla a toda costa, ignorante como estaba de los acontecimientos de afuera, y sin prever las tremendas consecuencias de su conducta, quería asegurarse, ante todo, la dirección de las operaciones militares.

Pocos días después, el Príncipe Salm se confirmó en sus sospechas. Casualmente hizo una excursión la caballería imperialista hacia el lugar por donde debía haber salido aquella noche, y todos pudieron cerciorarse de que el foso de que había hablado Miramón, de ningún modo constituía un obstáculo infranqueable para la caballería.

La indignación del Príncipe no tuvo límites; abiertamente acusó a Miramón de traición, y, de no haber intervenido el Emperador, se hubiera suscitado un grave conflicto entre estas dos personas de su mayor confianza.

Así terminó, de la manera más lastimosa, aquella tentativa de comunicarse con la Capital. De haberse realizado, de seguro que hubiera cambiado completamente el estado de las cosas, probablemente en favor de los imperialistas.

Se cometió una grave falta en no haber hecho todo lo posible por realizar dicha expedición.

IX.

CONTINUACION DEL SITIO. — FALSOS RUMORES.—DON JOSE MARRANZA, MODELO DE IMPERIALISTAS.—EL 27 DE ABRIL.

Al fracasar la tentativa de comunicarse con la Capital, a fin de pedirle auxilio, los imperialistas de Querétaro tuvieron que resignarse a esperarlo.

Entre tanto, se seguía trabajando sin descanso en poner la plaza, lo más que fuese posible, en estado de defensa. Una disposición del Emperador ordenó que todos los varones, sin distinción de clase, debían ayudar en la construcción de obras de defensa, y el que no quisiese desempeñar este trabajo, debía pagar cierta cantidad, que se destinaba para el pago de las tropas.

El enemigo, por su parte, seguía bombardeando a la desdichada ciudad, casi sin cesar. La población civil, que tenía que transitar las calles para ir a sus ocupaciones, tenía la vida en constante peligro. Las calles de Querétaro, como las de la mayor parte de las ciudades mexicanas, están tiradas en línea recta, de tal modo, que de un extremo de la ciudad puede verse perfectamente el extremo opuesto; esta disposición favorecía mucho al enemigo, porque así podía dirigir certeramente sus disparos a las calles y plazas principales; no transcurría un solo día,

sin que algún transeunte fuese muerto o herido, mujeres y niños. Esta circunstancia muestra a las claras el salvajismo de los sitiadores.

Los días 19, 20, 23 y 24 de abril la ciudad fué víctima de un bombardeo en toda regla; pero no hubo graves daños que lamentar.

En 20 de abril se hallaba el Emperador, en compañía de varios generales, en el Campanario del Convento de La Cruz, observando las posiciones del enemigo, durante el bombardeo, que duró de 8 a 9 de la mañana; repentinamente, una bala de cañón, procedente de una batería situada en la Cuesta China, penetró por la ventana al interior de la torre, rebotando varias veces contra las paredes, con grandísimo riesgo de las personas presentes. Cuando el Emperador bajó de la torre, seguido de sus acompañantes, todos estaban completamente cubiertos del polvo calcáreo que se desprendió de las paredes a causa de la explosión. Esa misma tarde, el Coronel Loyser, del Estado Mayor Imperial, iba a subir al techo del Convento; pero no había dado más que unos pasos, cuando una granada estalló junto a él, hiriéndole gravemente ambas piernas. Poco después murió.

La estancia en La Cruz no era por cierto de lo más agradable, ya que el enemigo disparaba de preferencia sobre el Convento, con mucha precisión. En el corredor en cuya extremidad vivía yo, penetraron un día tres balas; pero no nos molestaron mucho. La servidumbre, sin embargo, cuyas habitaciones daban hacia este corredor, tuvo que cambiarse de allí. Otra vez, una bomba estalló arriba de nuestras cabezas, mientras estábamos trabajando. Casi puede decirse que no pasó un solo día sin que el enemigo nos tuviera presentes, enviándonos un buen surtido

de balas de cañón. Debía saber muy bien que el Convento era la residencia permanente del Emperador.

Así iban pasando los días y transcurría el tiempo y se aguardaba con impaciencia el regreso del mensajero recién enviado; pero éste no se dejaba ver todavía.

Para dar una idea de la situación de entonces, voy a relatar el acontecimiento siguiente, que retrata la clase media de la población de Querétaro. Entre mis conocidos había un Don José Barranta, que era un honrado panadero que se había retirado de sus negocios y tenía fama de ser un imperialista incondicional.

Su entusiasmo por la causa imperialista era notable y tanto más llamaba la atención, cuanto que le había costado muy caro, y varias veces había tenido que pagar a los juaristas algunas sumas de dinero, en tiempos pasados, como castigo a su partidismo. No contentos con la imposición de multas, los republicanos lo encerraron una vez en la prisión, durante varios meses; pero tampoco esto impidió que Don José siguiera siendo imperialista hasta la médula. Era indio de raza pura, y por esta razón, muy adicto al General Mejía, con quien llevaba estrecha amistad desde hacía varios años.

Ahora bien, durante el sitio, la casa de este señor se había convertido en una especie de oráculo para sus amigos, porque todas sus predicciones se habían cumplido a la letra. Las indicaciones que daba respecto a combates futuros o a días de calma, habían sido siempre rigurosamente exactas, y, de no haber conocido todo el mundo su entusiasmo imperialista, fácilmente se hubiera podido suponer, que estaba en comunicación con el enemigo, de quien recibía datos suficientes para estar en condiciones de

poder predecir los acontecimientos próximos.

Don José era con frecuencia el tema de nuestra conversación, y su don de profecía llegó a oídos del Emperador, por habérselo referido el Príncipe Salm-Salm. Su Majestad me mandó llamar un día, para pedirme toda clase de datos acerca de mi conocido, y al terminar me encargó que se lo llevara en la primera oportunidad.

El Emperador quería hablar personalmente con él, y, en caso de que valiera la pena, saber de donde tomaba los datos que le permitían predecir los acontecimientos y así ver si podía ser útil para las operaciones del ejército.

No tardé en ir a buscarlo. Comencé a insinuarle de una manera halagadora y por fin le dije que Su Majestad había sabido lo partidario que él se había mostrado por su causa y que deseaba conocer personalmente a una persona que le era tan adicta.

Don José, que hasta ese momento me había escuchado con complacencia, sonriéndose, al escuchar mis últimas palabras dió un salto en su asiento.

"¡Señor! Pero, ¿qué está Ud. pensando? exclamó en el colmo de su admiración. ¡Yo, un simple, humilde paisano, ¿cómo me voy a atrever a presentarme ante "Su Majestad el Emperador"? ¡Nunca! ¡Jamás!"

Mucho trabajo me costó convencerlo de que tenía que resignarse a ir con el Soberano. Por fin aceptó y ambos nos dirigimos al Cuartel General, donde fué conducido ante el Emperador.

Después de una larga audiencia, salió, radiante de alegría, y se hacía lenguas ponderando la bondad del Emperador. Esta entrevista había recompensado todos sus sufrimientos. Por lo demás, se había aclarado el asunto. Como se suponía, este se-

ñor llevaba estrecha amistad con el General Mejía. Sus frecuentes conversaciones con este General, un conocimiento exacto de los acontecimientos y cierta perspicacia que le era propia, lo ponían en condiciones de poder predecir los combates, con bastante acierto.

Pocos días después, lo visité de nuevo, y me pareció algo preocupado; no se estaba un momento quieto en el sofá y se veía que quería decir algo. Por fin me dijo: "Oiga Ud., Don Teodoro: si Ud. quisiera, me podría hacer un gran favor. Yo, no soy más que un pobre; es cierto que pago puntualmente mis contribuciones; pero las que están cobrando ahora por puertas y ventanas me dejan temblando. Vea Ud., ¡Ud. es tan bueno con el Sr. Emperador!... Recomiéndeme Ud. con él, para que me rebaje un poquito estas contribuciones!"

Confieso que tuve que hacer un gran esfuerzo para no soltar una carcajada. En vano intenté persuadirlo que ni estaba en mis atribuciones, ni podía distraer la atención del Emperador con esas cosas. Don José siguió rogándome y yo me negué rotundamente. El, con toda franqueza, me dijo que yo era muy egoísta, incapaz de hacer el menor servicio; y a partir de entonces, se enfrió nuestra amistad, sin que yo pudiera remediarlo.

Este suceso da una idea bastante clara de la incertidumbre en que se hallaba el Cuartel Gral. respecto a los acontecimientos exteriores. Andaba completamente a tientas, y siempre que podía, trataba de disipar las tinieblas y darse cuenta de la verdadera situación.

Dije más arriba, que en la ciudad comenzaron a circular rumores, referentes a la proximidad del General Márquez y que aun el mismo Alto Coman-

do del Ejército pareció prestar oídos a estos rumores.

Pero cuando el 26 de abril se notó un movimiento desacostumbrado en el campamento enemigo, cuando se vió que grandes masas de tropa, especialmente de caballería, abandonaban sus posiciones y se dirigían hacia el Sur, entonces todo el mundo se convenció de que muy en breve iba a aparecer ante la ciudad el General Márquez, al frente de un ejército de socorro; se creyó que ya estaría en las cercanías, y se resolvió, en Consejo de Guerra, atacar al enemigo con toda energía, derrotarlo y reunirse con Márquez, quien, por su parte, advertido por el estruendo del combate, haría esfuerzos titánicos para tomar participación en el mismo; y después, todos juntos, presentar una batalla decisiva contra las tropas juaristas.

¡En qué error tan lamentable estaban sumidos los defensores de Querétaro!

En caso de que Márquez no apareciera durante la batalla, se resolvió romper las líneas enemigas, abandonar la ciudad y dirigirse a la Sierra Gorda, tierra del General Mejía, y situada a unas seis leguas de distancia. Allí sería más fácil esperar la marcha de los acontecimientos.

El plan de ataque, que debía verificarse el 27 de abril, fué formulado por Miramón y recibió la aprobación del Emperador.

En vez de relatar por mí mismo, voy a transcribir aquí el informe que Miramón rindió al Emperador de aquel combate, coronado por el más lisonjero éxito, y sólo haré rectificaciones en aquellos puntos en que se aparta de la verdad.

El informe de Miramón dice así:

"Señor:

"Como V. M. me honró aprobando mi plan de ataque al Cerro del Cimatario, y como esta operación fué coronada por el mejor éxito, me es grato cumplir con el deber de imponer a V. M. de los detalles de la salida contra los sitiadores.

"A las cuatro de la mañana de hoy, estaban formadas las tropas bajo mi comando, dispuestas a atacar al enemigo en su brillante posición del Cimatario.

"Las tropas destinadas para esta operación se componían de 2,000 soldados de infantería y 1,000 de caballería, protegidos por nuestra primera línea de defensa y por tres baterías de campaña. Además, estas tropas iban a ser protegidas, en su flanco izquierdo, por el Jefe de Estado Mayor, General Severo del Castillo, quien, a la cabeza de los batallones 3º y 12º de infantería y cuatro baterías de campaña, tenía que avanzar por el flanco izquierdo de la línea de batalla, amenazando a la vez a la hacienda de Calleja, situada a 500 metros de la línea de defensa occidental de la plaza.

"Las tropas mandadas por el General Castillo, tenían la misión importante de tomar por asalto la hacienda de Calleja, desde donde debían extenderse hasta la Cuesta China, y evitar, en caso extremo, que el enemigo protegiera la línea del Cimatario. Circunstancias extraordinarias cambiaron esta parte importante del plan primitivo de ataque.

"Como estaban bajo mi dirección las tropas que iban a emprender el ataque al Cimatario, confío al General Don Pantaleón Morett el comando de la vanguardia que se componía del Batallón de Cazadores; la columna de ataque, formada del 2º Batallón de infantería, de la Guardia Municipal de

"México y del 14º Regimiento de Celaya, la confié al General Don Ramón Méndez, y la Reserva, compuesta de los Batallones 1º y 7º, la que puse bajo las órdenes del Coronel Don Ignacio García.

"Al General Don Ignacio Gutiérrez le di el mando de los Regimientos 1º, 2º y 4º de caballería y del del Valle de México.

"De acuerdo con las órdenes dadas a cada uno de estos generales, las tropas se pusieron en movimiento a las cinco de la mañana, en el momento preciso en que las tropas enemigas tocaban diana.

"Estaba en el plan de ataque sorprender al enemigo en las obras que había construido sobre el flanco derecho de su tercera paralela. Sin embargo, el enemigo pronto advirtió que nuestra vanguardia se aproximaba, e inmediatamente rompió el fuego contra ella. En ese momento, ésta se arrojó contra las fortificaciones dichas, tomándolas por asalto y apoderándose, también, de dos baterías de montaña.

"El resultado inmediato de este primer éxito, fué que la columna principal y la Reserva pudieron avanzar contra las posiciones enemigas. Con esta circunstancia, no faltaba mucho para realizar la idea principal del plan de ataque, la que quedaba reducida a arrojar sobre el flanco del enemigo, envolver su ala derecha, lo que también se efectuó, e ir a atacarlo a sus mismos aproches, los que no le servirían de nada, desde el momento en que nuestros soldados alcanzaran la cumbre del Cerro, y se lanzaran contra las paralelas del Cimatario.

"Después de la toma de dichas posiciones, la columna principal, la vanguardia y la Reserva, continuaron su avance, con la rapidez que el caso

"requería, y entonces comenzó el más formidable combate que se puede imaginar.

"Al mismo tiempo, el General Gutiérrez empujó su avance con la caballería, dejando la retaguardia y marchando oblicuamente, para amenazar el flanco izquierdo del enemigo. Simultáneamente, el General Castillo ya se había situado en el contrafuerte izquierdo de nuestra línea.

"Las cuatro baterías colocadas en las obras frente al Cimatario, rompieron un fuego certero e ininterrumpido, protegiendo vigorosa y eficazmente a la infantería que se lanzaba al asalto.

"Bajo estas circunstancias favorables, siguieron avanzando los batallones que tenían el encargo de atacar a las fuerzas juaristas que sitiaban nuestra línea sur. Como el enemigo abandonó cobardamente las obras situadas cerca de nuestras líneas de defensa, el General Morett, con la vanguardia, avanzó irresistiblemente contra el flanco derecho del enemigo, subiendo el Cimatario, mientras que el General Méndez, al frente de la principal columna de avance, atacaba enérgicamente el frente enemigo.

"Inmediatamente empezó la fuga de los sitiados, quienes se desbandaban en masa, a medida que avanzaban nuestras tropas. Nuestra vanguardia, la columna principal y la Reserva, así como la caballería, apenas encontraron resistencia: muchos de nuestros soldados no tuvieron ocasión de disparar un solo tiro y casi ninguno pudo vanagloriarse de haber hecho uso de la bayoneta.

"La defensa de los juaristas y el ataque de nuestras tropas pronto se resolvió en una fuga de 10,000 hombres, poseídos de terrible pánico y perseguidos por 3,000 valientes: una frase del glo-

"rioso combate completaba a la otra. Por un lado, "generales y jefes juaristas, huyendo precipitadamente, perdiendo sus papeles y sus bagajes, "abandonando a sus tropas, su artillería y sus trenes: soldados que huían sin combatir y que se diseminaban por valles y montañas, para salvarse, "salvando también a los demagogos.

"Por otro lado, valientes generales, jefes pun- "donorosos, sufridos y entusiastas soldados, admi- "rados de la cobardía del enemigo, animados de un "ardiente celo de persecución, aunque de poco éxi- "to, pues el enemigo huía con una velocidad verda- "deramente extraordinaria. 21 cañones de campaña, "600 prisioneros y un gran número de fusiles; una "cantidad considerable de víveres y de ganado; mu- "chos bagajes, etc.—tales fueron los trofeos y el "botín de este memorable hecho de armas.

"Bastó una hora exactamente a nuestras tro- "pas, para triunfar en todos los puntos de la brillan- "te posición del Cimatario, una línea que tenía más "de una legua de largo y que estaba ocupada por "10,000 juaristas.

"Desde el flanco derecho de las paralelas hasta "la cumbre del Cimatario y desde aquí hasta la ha- "cienda de Jacales, al sur de de la plaza, las pocas "tropas imperialistas habían dispersado los si- "guientes 17 batallones enemigos:

- "el primer Batallón ligero de Jalisco.
- "el 2° Batallón ligero de Jalisco.
- "el 4° Batallón ligero de Jalisco.
- "el 6° Batallón ligero de Jalisco.
- "el Batallón de Tiradores de Jalisco,
- "el Batallón de Cazadores de Jalisco.
- "el primer Batallón de Colima.
- "el primer Batallón de Michoacán.

"el tercer Batallón de Michoacán.

"el 5° Batallón de Michoacán.

"el 2° Batallón de Morelia.

"Batallón de Cazadores de Morelia.

"Primer Batallón de Querétaro.

"Batallón de Guadalajara.

"Batallón de Sinaloa.

"Batallón de Tepic.

"6° Regimiento de Caballería de Colima.

"En el momento en que nuestras columnas de "ataque habían recorrido la mitad del camino que con- "duce de la saliente derecha de las líneas de defensa "enemigas a la hacienda del Jacal, fué cuando V. M. "acompañado del General Ramírez de Arellano, se "dirigió al campo de batalla. Al llegar al punto don- "de se encontraban nuestros bravos soldados, quie- "nes habían alcanzado tan envidiable éxito. V. M. "fué recibido con entusiasmo por todos los cuer- "pos de tropa. Cuando éstos llevaron sus armas "hasta la parte más saliente de la izquierda del ene- "migo, que se apoyaba en la hacienda de Jacales, "pedí permiso a V. M. para concentrar nuestras "fuerzas y volver a nuestra línea de defensa, pues- "to que ya no tenía objeto desviarse más de ella.

"La concentración que efectué estaba casi ter- "minada, cuando aparecieron en la cumbre del Ci- "matario algunas partidas de caballería enemiga. "Entonces destaqué una parte considerable de tro- "pas para reconocer al enemigo, que reaparecía en "las posiciones de donde había sido desalojado po- "co antes.

"V. M. resolvió tomar parte en este reconoci- "miento, desdeñando el peligro, que tenía que ser "extraordinario.

"La partida de tiradores enemigos, de las que

"antes hablé, eran la vanguardia de una división
"de tropas enemigas, de unos 4,000 hombres, que se
"apresuraban a socorrer a los 10,000 fugitivos. Des-
"pués de reconocer a estas tropas, las nuestras vol-
"vieron a sus posiciones, por orden de V. M., tenien-
"do que soportar el nutrido fuego enemigo, y al
"cual estuvo expuesto V. M. todo el tiempo que ad-
"quirió la concentración de las tropas imperialis-
"tas.

"Tal es la descripción del combate que sostu-
"vieron nuestros soldados contra la poderosa línea
"enemiga del Cerro del Cimatario. Al principio de
"esta relación pasé por alto, intencionalmente, la
"descripción topográfica de la posición donde tanto
"brilló el poder de nuestras armas. Sabiendo lo bien
"que V. M. conoce la situación y las particularidades
"del Cimatario, hubiera sido inútil llamar la aten-
"ción de V. M. acerca de las condiciones de dicho
"Cerro, conforme a todas las reglas del arte de la
"guerra.

"De hecho, el Cimatario tiene una inclinación
"favorable, domina la situación en todos los pun-
"tos, proporciona a los que lo ocupan una gran fa-
"cilidad de resistencia, en todas sus partes permite
"a la artillería y a las tropas operar ventajosamen-
"te, en caso de una ofensiva, y es, en consecuencia,
"muy favorable para los que están poseídos de
"él; pero es tanto más difícil para los que lo ata-
"can. Sin el conocimiento exacto de que los juaristas
"son torpes por naturaleza, hubiera sido inútil propo-
"ner a V. M. la realización de un plan, que se basa-
"ba más en la cobardía del enemigo que en el valor
"de nuestras tropas.

"Al final de esta narración, me permito indicar
"a V. M. las tropas que tomaron participación en

"esta gloriosa salida contra el enemigo, o que la
"protegeron vigorosamente.

"Los batallones de infantería se disputaron el
"honor de combatir en los puntos más peligrosos;
"la caballería cumplió fielmente las órdenes e ins-
"trucciones que se le dieron, y la artillería, bajo la
"dirección, siempre acertada, del General Ramírez
"de Arellano, sembró, con su fuego mortal, el es-
"panto entre el enemigo.

"De acuerdo con las órdenes de V. M. tengo el
"alto honor de adjuntarle, marcadas con los núme-
"ros 1, 2, 3 y 4, las listas de las pérdidas, muertos y
"heridos, que sufrieron las tropas que son bajo mi
"mando, y después las listas de los prisioneros he-
"chos, de los cañones conquistados y de las armas
"y municiones quitadas al enemigo, con la indica-
"ción de los generales, jefes y oficiales que se dis-
"tinguieron de una manera particular, y que son,
"por consiguiente, dignos de ser condecorados y es-
"cudidos.

"A Vuestra Majestad,

"El General de División

"Miguel Miramón.—Rúbrica.

Hasta el lugar donde empieza Miramón a re-
"latar la segunda parte del combate, los datos son
"rigurosamente exactos. Hasta allí se apega a la ver-
"dad; su relato nada tiene de exagerado. En efecto,
"el éxito de la primera jornada fué tan brillante y
"tan gradioso, la derrota y huida del enemigo tan
"completa, que sobrepasó a las mayores esperanzas
"de los imperialistas. Una batalla en que pierde el
"enemigo más de la mitad de su artillería y abando-
"na el campo en completa derrota, es, incontestable-
"mente, una brillante victoria, que no necesita comen-

tarios favorables. Fué tan grande el pánico en las filas enemigas, que, como me confesaron después oficiales republicanos, cuando estuve prisionero, tuvieron que mandarse divisiones completas de caballería para que dieran alcance a la infantería, la cual huía completamente a la desbandada; y tuvo que ser traída de nuevo casi a la fuerza.

El número de desertores que tuvieron los juaristas, acerca del cual faltan del todo datos oficiales, debe haber sido muy considerable, si se toman en cuenta las circunstancias. Un ejército que se compone, casi sin excepción, de "forzados", esparcido en una gran extensión de terreno y obligado a huir, claro está que estos últimos sólo tratan de aprovechar la ocasión para huir y regresar a su tierra, de donde fueron arrancados a la fuerza. Tal vez ni la mitad de los fugitivos volvió al campamento. Así es que las pérdidas de los juaristas bien podrían evaluarse en varios miles de hombres.

Si los imperialistas eran presa de un verdadero vértigo de triunfo, y no dejaban de lanzar los más entusiastas vivas, en cambio en el campamento enemigo reinaba un silencio sorprendente. Si no se hubiera escuchado de cuando en cuando algún cañonazo aislado, fácilmente se hubiera podido creer que el enemigo había abandonado sus posiciones y había levantado el sitio.

En el campo de batalla, el entusiasmo de las tropas llegaba al delirio; los repiques de las campanas de todos los templos anunciaban el triunfo de los imperialistas; (1) los habitantes de la ciudad

(1) Costumbre que existe en México de anunciar de este modo al pueblo los triunfos o cualesquiera otros acontecimientos de regocijo.

salieron en tropel, adornando con ramas y flores los cañones capturados al enemigo. A tanto llegó su entusiasmo, que ellos mismos transportaron los cañones a la ciudad, arrastrándolos por caminos impracticables, y dando rienda suelta a los transportes más grandes de alegría. El Emperador tuvo la gran satisfacción de ver cómo se alegraban de su victoria, manifestando toda la población su simpatía hacia él.

He dicho que hasta aquí, Miramón se apega estrictamente a la verdad, lo que, por otra parte, nada le costaba. Pero sucede de modo muy distinto cuando relata el segundo ataque, pues lo hace de una manera muy superficial.

Por mi parte, ajustándome rigurosamente a la verdad, voy a decir las serias consecuencias que tuvo aquel glorioso hecho de armas.

Embriagados por su triunfo, los imperialistas dejaron pasar un tiempo precioso, en vez de aprovecharse de aquél para romper el sitio y dirigirse inmediatamente a la Sierra Gorda, como se había pensado desde un principio, en el caso de que Márquez no se presentara.

Pero el enemigo se aprovechó de más de dos horas de completa calma para conducir al Cimartario tropas de refresco.

Cuando las avanzadas de los imperialistas situadas en la extremidad del terraplén del Cimartario distinguieron de nuevo al enemigo, se resolvió salir a su encuentro, para darse cuenta de su número.

Con este objeto se reunieron cuatro batallones de infantería, formados en columnas de avance; al mismo tiempo, el cuarto Regimiento de Lanceros salió al encuentro de la caballería enemiga. El Em-

perador quiso, de todos modos, acompañar a las tropas.

Apenas habían llegado a la planicie los Ulanos del 4º Regimiento, seguidos de cerca por la infantería, cuando se encontraron frente a una masa de cerca de 4000 soldados de caballería enemiga, que avanzaba con rapidez y abrió un terrible fuego contra las escasas filas de los Lanceros impérialistas; y entonces se desarrolló una escena terrible, que todavía se presenta delante de mis ojos con todo su horror.

Yo formaba parte de la Reserva y estaba con tres compañías de Húsares, colocado poco más o menos a la mitad de la pendiente del Cimatario, en la parte que desciende a la ciudad. Junto a mí estaban el Comandante de Caballería Pawlowsky y el Teniente-Coronel Fritz Kaehlig.

La consecuencia inmediata de este ataque formidable e inesperado fué, que, diezadas en un instante las filas de caballería imperialista, y no pudiendo hacer frente al choque irresistible de las columnas enemigas, retrocedieron precipitadamente, atropellando de una manera terrible a la infantería que marchaba detrás de ellas, sembrando la mayor confusión en sus filas, hasta que éstas, llenas del mismo pánico, perdieron toda disciplina y ya nada las pudo contener.

Acosados sin cesar por el fuego de la caballería enemiga, que avanzaba en apretadas masas, empezó una fuga desordenada e incontenible, imposible de describir. El Emperador y los generales que lo acompañaban fueron materialmente arrastrados por la turba que huía. En esos momentos la pendiente del Cimatario se cubrió de muertos y heridos, que eran completamente abandonados por los fugiti-

vos. Y detrás, implacable, perseguía el enemigo vencedor.

"¡Húsares! ¡Cubrid la retirada!, nos gritó Miramón,—dirigiéndose a nosotros. Era una excitativa directa a que nos sacrificásemos.

A pesar del pánico espantoso de que era presa la infantería, cuyas mermadas filas se entremezclaban con nosotros al huir, nuestros valientes Ulanos hicieron alto y permanecieron en admirable pie, hasta que los fugitivos llegaron a la ciudad y se guardaron tras de sus defensas. Entonces la artillería rompió un nutrido fuego concéntrico contra el enemigo, rechazándolo enérgicamente e impidiéndole continuar su persecución.

Después se dijo que la caballería enemiga había estado armada con rifles de 8 a 16 tiros. Y, de hecho, la caballería republicana estaba equipada, en su mayor parte, con armas de esta clase.

Así terminó aquel memorable día, empezado con un triunfo tan brillante que hizo latir de contento el corazón de todos los partidarios del Emperador, con una derrota terrible, sobre todo bajo el punto de vista moral.

Más de 300 muertos y heridos cubrían el campo de batalla.

¿Dónde se había quedado Márquez? Esto se preguntaba todo el mundo en Querétaro, al ver que este general no había dado las menores señales de vida durante el combate, ni parecía con el esperado socorro.

El periódico oficial, "Boletín de Noticias", de fecha 29 de abril, publicó las siguientes comunicaciones, con el título de "Noticias importantes":

"Su Excelencia el Sr. General Don Leonardo Márquez.

"Sabemos de buena fuente, que el ataque al Cimatario fué una combinación frustrada con las tropas del General cuyo nombre encabeza estas líneas. Así, no está lejana la hora en que esta combinación se convierta en realidad.

"MEXICO Y GUADALAJARA."

"Una de las grandes ventajas del ataque al Cimatario, fué, que se presentaran al Emperador varios Correos, que habían sido detenidos en el campamento enemigo. Las cartas son de fecha muy reciente y contienen noticias del mayor interés. México está perfectamente defendido y armado; el Consejo de Ministros obra con energía y prudencia y los habitantes, entusiasmados, confían en el triunfo de nuestras armas.

"Guadalajara se perdió al fin para los enemigos del orden y el General Lozada cuenta 10,000 hombres y 40 cañones bajo sus órdenes. Últimamente, salió de esta plaza una fuerte división de las tres armas, que operará en combinación con las demás tropas imperialistas que vienen al encuentro de nuestros sitiadores.

"LA SIERRA."

"Las últimas noticias oficiales procedentes de esta parte, nos comunican que el General Olvera reúne 4,000 hombres bajo su comando; este fiel defensor de la causa de la Independencia, operará en combinación con el General Márquez.

MICHOACAN.

"El Coronel Pesquera ha tomado Morelia, y ya envió una Brigada de las tres armas contra el enemigo que sitia a esta plaza. Dicha Brigada debe encontrarse actualmente en Salvatierra.

A pesar de estas comunicaciones del periódico oficial, es muy dudoso que hayan llegado correos de la Capital; por una parte, porque es un hecho que cualquier tentativa del General Márquez, de mandar mensajeros a Querétaro, se hubiera estrellado contra la vigilancia del enemigo, el cual, desechando toda clase de escrúpulos, siempre había acostumbrado tratar de una manera muy sumaria a los correos que caían en su poder; y, por otra parte, porque si el Emperador se hubiera enterado de los verdaderos sucesos de la Capital, ya no habría contado con los socorros tanto tiempo esperados y habría intentado cuanto antes la salvación común, antes de que la falta de víveres se acentuara, haciendo cada vez más problemático el éxito.

Es mucho más fácil suponer que las noticias expresadas procedieran de las declaraciones de los últimos prisioneros, o eran propaladas por el enemigo, con intención fácil de adivinar.